

**Homilía del Arzobispo de Santiago, monseñor Ricardo Ezzati, en misa en la Catedral Metropolitana, celebrada el sábado 10 de noviembre de 2012, con motivo de la canonización de Juan Bautista Piamarta, fundador de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret.**

Señor Cardenal, Reverendo padre Humberto Loyola, superior regional de los Padres de la Sagrada Familia de Nazareth, queridos hermanos, hermanas, de manera muy particular, queridos jóvenes de las obras educacionales piamartinas presentes en nuestra Arquidiócesis de Santiago.

1. Quisiera, de manera muy particular, saludarlos y alegrarme junto con ustedes de esta celebración eucarística. Reconocemos en esta celebración, como en otras que se dieron, a partir, de la solemne celebración presidida por el Papa Benedicto XVI, en la que canonizó a Juan Bautista Piamarta, un regalo extraordinario de Dios para la Iglesia Universal, pero también para nuestra Iglesia en Santiago, y teniendo presente que la obra piamarta está presente también en la diócesis de Talca, decir que es un regalo muy grande para la Iglesia en Chile.

Siempre que la santidad, que es regalo de Dios, es reconocida en algunos de sus miembros, es la Iglesia entera que se siente bendecida por la presencia salvadora de Jesús, enaltecida por la gracia de Dios y confortada en su camino hacia la patria definitiva. A todos ustedes, a todos nosotros, que participamos de esta Acción de Gracias por el reconocimiento de la vida santa de un fundador, de un educador, de un gran hombre de sensibilidad social, Dios nos llene de una gran alegría y una gran esperanza.

Para este momento de la Iglesia, para su caminar, Dios nos ofrece la figura de un santo, que en su tiempo ha sabido vivir como discípulo misionero de Jesús, realizando las obras grandes que Jesús quiere que la Iglesia realice en su nombre, a lo largo de todos los tiempos y a lo largo de toda la historia.

2. Hemos vivido el gozo de la canonización el 21 de octubre pasado. El Papa nos ha dicho que este humilde sacerdote, inquieto y apostólico, y que vivió en una época muy especial de transformación social de su país, ha sido un ejemplo de cómo el Evangelio de Jesús se encarna en la vida de las personas, para la vida del pueblo. Ha reconocido que la misión, realizada en nombre del Señor, en una determinada época y en un determinado lugar, no solo fue un regalo del Señor para esa época y para ese lugar, sino que un regalo que el Señor quería suscitar en su Iglesia para que pudiera hacer crecer los signos del Reino a lo largo de la historia y también en otras geografías.

Gracias a Dios, el espíritu y la misión de san Juan Bautista Piamarta han sido sembrados también en nuestra Iglesia de Chile, en este tiempo, aquí concretamente en Santiago, en Maipú y en Estación Central, con obras de educación y promoción de la solidaridad y de caridad cristiana. Este don de Dios está presente y está actuando. Los niños, los jóvenes que están aquí presente son un signo de ese regalo de Dios para nuestra patria, para nuestra Iglesia. Cada uno de ustedes que están participando en esta celebración de la eucaristía y que se reconocen en el espíritu piamartino son testigos de que la obra de Dios es fecunda y actúa en el corazón de las personas, para que en cada una de ellas y en nuestra sociedad crezca la vida plena que el Señor ha querido regalara sus hijos.

¡Cómo no agradecer, entonces, que este humilde sacerdote, en su tiempo, hubiera respondido al don de Dios! ¡Cómo no agradecer a Dios que haya transmitido a sus hijos, a sus hijas este don! Para perpetuarlo en la historia y para que llegara también hasta nuestra Arquidiócesis y nuestro país.

3. Busquemos, entonces, ahondar en la comprensión de este regalo, este don que Dios ha regalado a Piamarta y que nos regala también a nosotros, en este tiempo.

3.1 En primer lugar, el regalo que Dios ha hecho a Piamarta ha sido el don de la vida divina, de la vida de Cristo, del cual Piamarta se ha hecho seguidor. Fue el regalo más grande que él recibió en su vida y que supo hacer crecer en su corazón y en sus obras. Es el regalo que, a través de él, Dios nos ofrece también a nosotros: el regalo de descubrir en nuestra vida, en la vida de jóvenes, niños y adultos, el regalo precioso de la vida de hijos de Dios, y sobre todo en este año, año en que queremos renovar nuestra fe. Estamos llamados a descubrir, a agradecer este don maravilloso de Dios, que es la vida divina, la vida del Hijo de Dios que se ha injertado en nuestra propia vida, para que produzca los frutos abundantes que el mismo Hijo de Dios hizo crecer cuando estaba presente en medio de nosotros, recorriendo los caminos de Palestina.

Piamarta, en primer lugar, ha sido y ha vivido como un hijo de Dios, como un seguidor de Jesucristo. Y como hijo de Dios y seguidor de Jesucristo ha hecho crecer la vida divina en él, hasta llegar a la santidad, la ha comunicado a los demás, haciéndose apóstol de Jesús, apóstol de su Evangelio, apóstol de su obra de vida. Es lo que nos enseña también a nosotros, hoy en día, este santo. En su escuela, con su pedagogía, con sus obras educativas, nos dice que cada uno está llamado a descubrir el mismo don que hizo de Juan Bautista Piamarta un santo, signo y portador del amor de Dios, especialmente a los jóvenes, a los pobres y al mundo popular. Aprendamos de este santo esta primera gran lección de vida: ser y vivir como hijos de Dios.

3.2 En segundo lugar, lo ha recordado el Papa, Piamarta ha sido un gran apóstol de la caridad. El amor de Dios que él experimentó en su vida, lo transformó en amor a los demás, y de manera especial, en amor a los más pequeños, pobres, e inciertos respecto de su futuro. En una época marcada por el inicio de la revolución industrial, él supo ofrecer a los jóvenes y niños, especialmente a los más pobres, un camino que fuera reflejo del amor que Dios muestra por todos sus hijos, dignificándolos en ese amor, hasta la gran dignidad, la estatura alta a la cual Dios llama a todo hombre y a toda mujer. Fue apóstol de la caridad, apóstol que abrió los ojos frente a las necesidades de su época, que abrió sus ojos y sus manos, su inteligencia, para que quienes necesitaban de la esperanza que brota del amor de Dios, pudieran encontrar el camino de realizar, en su propia vida, el proyecto de amor que Dios ofrece.

En este campo, san Juan Bautista Piamarta sigue siendo maestro también para nosotros. Nosotros, que estamos viviendo a las puertas de alcanzar un desarrollo grande, nos encontramos frente al desafío de abrir los ojos, de tender la mano, de compartir en la fraternidad y en la solidaridad, porque llegaremos a ser más plenamente desarrollados cuando lo hagamos en comunión con todos aquellos que nos rodean, y cuando nos volvamos protagonistas de una solidaridad expresión del amor de Jesús, que se ha entregado hasta dar su vida por nosotros.

Qué importante es, queridos jóvenes, que en la escuela de Piamarta aprendan a abrir sus corazones, a superar el individualismo, a vencer el egoísmo, para descubrir que sólo en el amor compartido, en la solidaridad compartida y en vivir lo que celebraremos dentro de algunos instantes, que es el cuerpo de Cristo que es entregado, alcancemos la plenitud.

3.3 Finalmente, hay una tercera dimensión de la vida del santo que quisiera indicarles, justamente para vivir las dos anteriores: Piamarta descubrió que él solo no podía nada, que solamente podía realizar algo con la gracia de Dios, en comunión con Él, poniéndose de rodillas delante de Él, descubriendo en el Señor, especialmente en el Señor sacramentado, la fuerza para vivir en la santidad, entregado totalmente, como sacerdote, al servicio de los demás, especialmente de los jóvenes más necesitados. ¡Cuántas horas de oración! ¡Qué profundidad de diálogo con Dios! ¡Qué vida de amistad con Jesús ha cultivado en su vida!

Una lección también para quienes, en su escuela, quieren ser cristianos auténticos. El Papa Benedicto XVI ha definido nuestro tiempo como una travesía por el desierto; pero una travesía en la cual estamos llamados a descubrir los elementos esenciales para vivir y permanecer de pie. Hoy, para a vivir, necesitamos sobre todo

de Dios. No podremos realizar obras grandes, la obra grande de construir el proyecto de Dios, de ser una familia donde lo compartimos en fraternidad, en el amor fraterno, si en primer lugar no encontramos en Dios mismo la fuerza para realizar esa inmensa tarea. Piamarta nos enseña que la fuerza que transforma el mundo es la gracia de Dios, esa gracia de Dios que obtenemos como regalo poniéndonos humildemente de rodillas delante del Señor, reconociéndolo como el Señor de nuestra vida, haciendo de Él la Verdad, el Camino y la Vida que queremos alcanzar.

Son tres preciosas lecciones que el santo regala a la Iglesia de hoy y, de una manera particular, les regala a cada uno de ustedes, que están participando de su obra educativa y de su obra de misericordia de caridad cristiana.

4. Quisiera terminar esta homilía ofreciendo a cada uno de ustedes, queridos jóvenes, un signo, un mensaje de esperanza. La Iglesia sabe que puede confiar en ustedes. Jesús sabe que ustedes quieren ser sus amigos. Que Jesucristo y la Iglesia puedan encontrar en ustedes aquellos cristianos que, de verdad, quieren ser testigos del amor de Dios en medio del mundo. Quisiera dar gracias a Dios porque en sus inmensos colegios quienes educan y los preparan para la vida, les ofrecen ese alimento y esa luz esencial para atravesar el desierto de la vida: el conocimiento, el amor, el seguimiento de Jesús. Es el testimonio que estamos llamados a ofrecer a nuestro mundo, para que se llene de esperanza y de fiesta; la misma fiesta que hoy día, aquí, junto al Señor, estamos celebrando. Amén.